



PERO GRULLO.

DE CÓMO UN INSECTO OPTÓRTERO
PUDO TRANSFORMARSE EN AVE ZAN-
CUDA CON LA MISMA FACILIDAD QUE
UN SANTO APÓSTOL PUDO SER CON-
VERTIDO EN SABROSA FRUTA.

ENTRE las numerosas coplas del inagotable repertorio popular, hay muchas que expresan el fervor del sentimiento religioso, muchas que revelan la despreocupación del indiferentismo irreverente, y no pocas en que se deja traslucir cierto malicioso espíritu satírico con sus puntas de volteriano y sus ribetes de herético.

A esta última clase de coplas populares corresponde aquella sabidísima y repetidísima, que agravia á un santo anónimo en su efigie escultural, y que dice de este modo:

«En el huerto de mi casa
Ciruelo te conocí:
Los milagros que tú hagas
Que me los claven aquí.»

La transformación de un árbol, ciruelo ó frutal menos «ofensivo», en imagen de un santo nada tiene de extraño, porque de madera son la mayor parte de las esculturas en que la piedad religiosa representa las figuras de aquellos privilegiados que, para su culto, coloca en los altares.

Otra copla no menos sabida y repetida, de carácter sentencioso y tendencia moral, lo confirma, tratando de justificar las desigualdades sociales y los diferentes destinos de los hombres:

«Hasta la leña en el campo
Tiene su separación:
Una sirve para santos
Y otra para hacer carbón.»

La transmutación de un santo en fruta, no sólo habría de parecer, por el contrario, extraña y sorprendente, sino archisobrenatural y plusquam-incomprensible, si el agudo ingenio de D. Francisco de Quevedo no la declarase fácil y sencillísima en su *Visita de los chistes*.

Uno de los personajes fantásticos que en este «discurso» desfilan por delante del tribunal de la Muerte es «un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra.....», etc., etc., quien presentándose dice:

«—Yo soy *Pedro*, no *Pero Grullo*, que, quitándome una *d* en el nombre, me hacéis el santo fruta.

»—¿Qué? ¿Tú eres el de *las profecías* que dicen de *Pero Grullo*?» —preguntóle Quevedo.

Y él era, que iba á repetir y á comentar sus «profecías» que todos tenían por risibles bobadas, siendo grandísimas verdades, dignas de estudio y de meditación.

Siempre que he llegado á este chistoso pasaje, releendo las obras de nuestro gran satírico, me ha asaltado una duda que en vano he procurado aclarar y resolver.

¿Cómo aquel «profeta estantigua», que así protesta de que le alteraran el nombre, haciéndole el santo fruta con sólo quitarle una *d*, no protesta igualmente de que le hubieran cambiado el apellido, haciéndole ave el insecto con sólo variarle una letra?

Acaso la vanidad que le impulsaba á rechazar el primer cambio por no quedar reducido á fruta, le hacía ocultar el segundo, satisfecho por verse ascendido en la escala zoológica de insecto á ave.

Porque Pero Grullo, antes de ser llamado Pero Grullo, se llamó *Pero Grillo*.

Evangelista, comendador de la orden militar de San Juan de Rodas y escritor humorístico del siglo xv, hizo, entre otras obrillas ligeras y graciosas, una *profecía* «en que cuenta las cosas que han de venir», publicada por el Sr. Paz y Melia en la primera serie de *Sales españolas ó agudezas del ingenio nacional*: Madrid, 1890.

«Yendo en romería á Calatrava la Vieja — escribe Evangelista — salió á mí un gallo en figura de ermitaño, su escapulario puesto, que, si no fuera por el pico, no le conociera, su hábito pardo, calabaza ceñida, un cayado en la mano, en la otra una sarta de buñuelos, rezando el *Verbum caro*. Saludóme; preguntéle quién era; respondióme:

»— Á mí me llaman *Pero Grillo*, siervo de Sant Hilario, el cual me apareció esta noche á medio día con una grande luminaria de linternas sin candelas en derredor ceñidas. Díjome: «Despierta, *Pero Grillo*, siervo mío, y oirás la maravilla de una sentencia dada en el cielo de un gran juicio y persecución que ha de ser en las gentes de todo el universo.» Y porque no se me olvidase me lo escribió en los cascos de mi cabeza, hasta no dejarme gota; y díjome: «Por aquí pasará un desvariado (que, según las señas, vos habéis de ser); dadle el traslado, y ponga pies en camino, y notiffíquele, porque las gentes estén apercebidas.»

»Y acabado de trasladar, *Pero Grillo* oyó cantar unas ranas é izó la pluma y desapareció.»

Basta leer el comienzo de la *profecía* para convenirse de que sus «verdades proféticas» son idénticas á las de Pero Grullo, que, según el dicho popular,

«á la mano cerrada
llamaba puño»,

aunque también, por lo que copiado queda, no deja de tener algún parecido con el famoso autor de los *disparates*, que empiezan de este modo:

«Anoche de madrugada
ya después de medio día....»

La «profecía» de *Pero Grillo* comienza así:

«El primero día de Enero que vendrá, será primero día del año, que todo el mundo no lo estorbará si con tiempo no se remedia. Este día amanecerá al alba.»

Cuando esto leí sospeché un instante que acaso en lo de *Grillo* como en lo de *Grullo* había al-

guna equivocación, y que quizás fuera *Pero Gallo* el nombre de aquel embajador, tan afamado luego por sus profecías, de aquel siervo de San Hilario, quien, como buen obispo de las Galias y santo francés, era patrón de los galos ó de los gallos.

No tenía mi sospecha más serio fundamento en que apoyarse para afirmar que «el «profeta» se había llamado *Pero Gallo* antes que *Pero Grillo*; pero desde luego recordé que había datos ciertos para asegurar que tuvo el nombre de *Pero Grillo* antes que en el siglo xvii se lo cambiaran por el de *Pero Grullo* con que ha llegado su fama hasta nosotros.

Como en el siglo xv el Evangelista, un escritor del siglo xvi, el licenciado toledano Francisco López de Úbeda, ó, si se quiere, el dominico leonés Fray Andrés Pérez, en su famoso «Libro de entretenimiento de la *Picara Justina*», impreso por primera vez á principios del siglo xvii, Medina del Campo, 1605, llámale *Pero Grillo*, y aun da noticia de su patria.

Al referir Justina lo que vió en «la jornada de León», dice que encontró unos asturianos, coritos ó hijos de la Pernina, y entre ellos un bellacón que con agudas respuestas se sacudía las maliciosas preguntas de la *Picara*.

«Preguntéle — dice ésta — que por qué andaban en piernas los asturianos; dijo que porque hay una *profecía de Pero Grillo*, que fué asturiano, de que en Asturias ha de venir por el río una avenida de oro y toneles de vino de Rivadavia, y, por estar prevenidos para la pesca, andan siempre descalzos.»

Y téngase en cuenta que Fray Andrés Pérez, ó el licenciado López de Úbeda, como se quiera, no pudo equivocarse en el nombre, porque, precisamente en la misma obra, háblase de un *Pero Grullo* que nada tiene de profeta ni cosa parecida.

Cuando la *alocada Justina* se arriesga á ir á la romería de Arenillas, es raptada por una cuadrilla de siete estudiantes, que se intitulan «La Bigornia», y llevaban por capitán á un mozo alto y seco, á quien ellos llamaban el Obispo don *Pero Grullo*. Éste intentó hacerla «Obispa de la *Picarranzona*»; pero ella supo librarse de sus torpes deseos, primero entreteniéndolo con cuentos, como la ingeniosa protagonista de *Las mil y una noches*, y después emborrachando á él y á sus camaradas, hasta que, rendidos por el vino y por el sueño, los hizo entrar en la carreta, que ella misma guió hacia su lugar, donde quedó libre y ufana,

y de donde la Bigornia y su Obispo tuvieron que escapar, despertados por sus voces y despejados por el temor del peligro que corrían..... si no corrían, zaheridos y amenazados por los vecinos de Mansilla de las Mulas.

No había, pues, confusión posible entre *Pero Grillo* y *Pero Grullo*. ¿Cómo pocos años después (1) vino á ser éste el nombre de aquel «profeta estantigua», ya con tanta firmeza que así ha seguido y así ha llegado hasta nosotros? Confieso que no lo sé, ni he dado con pista alguna para averiguarlo.

Don Agustín Moreto, en su comedia *De fuera vendrá.....*, escrita á mediados del siglo XVII, alude á un «Pero Grullo» no profeta, aunque sí simple:

«Atended al escudero
Que á la tal viuda acompaña,
Que es un montañés más simple
Que *Pero Grullo* y Panarra.»

Muchísimas veces, aunque no siempre con ingenio y fortuna, han sido imitadas las profecías de *Pero Grillo* ó de *Pero Grullo*, y alguno de sus imitadores parece haber tenido en cuenta la protesta que por el cambio de nombre hace en la *Visita de los chistes*.

El P. Sbarbi, en su *Monografía sobre los refranes, adagios y proverbios castellanos*, obra premiada por la Biblioteca Nacional, cita un papel de cuatro hojas en 4.º, que así anota:

«† PROFECÍAS DE PEDRO GRULLO sacadas de un antiguo manuscrito, que se juzga de su letra, encontradas en Borseguillas en un Pergamino viejo, en una librería antigua del Dr. Pateta; puestas en primorosos y discretísimos tercetos. Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta baxo de Nuestra Señora del Populo, en calle Genova.

»Este papel-romance-político, alusivo seguramente al Gobierno de Felipe V, é impreso en aquella época, consta de 37 tercetos, y empieza así:

1. El rey cuando sana, sana;
Y en cobrando más valor
Sana doblado mejor.
2. Su flaqueza es su flaqueza;
Mas si se anima una vez,
Todo será robustez.

»Y acaba:

36. Un fraile enviado es fraile;
Mas en metiéndose á jefe,
Se convierte en mequetrefe.
37. El que es confesor lo es;
Si á gobernador se va,
Confesor diablo será.»

Pensando estaba yo hacer nuevas investigaciones respecto á este curioso personaje, cuando toparon mis ojos con estas palabras escritas por el erudito académico D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe:

«Es tan difícil averiguar la cuna de estos personajes imaginarios bautizados al azar por el vulgo, como indagar el origen de la mayor parte de nuestros refranes y expresiones proverbiales. Muchos de ellos lo tuvieron en los apodos con que la insensatez del hombre moteja las acciones y se burla de los defectos que ve en los demás, olvidando los propios.»

Después de leer esto desistí de la tarea de averiguar más cosas de este personaje, y resolví hacer punto en este trabajo, diciendo: «Averigüelo Vargas.»

Que como, al fin, Vargas es también una de aquellas «sombras» á que alude Quevedo en su entremés famoso, ninguno más á propósito para averiguar los dichos y los hechos

«De aquellos que en nuestros siglos
Siendo nombrados de todos
De nadie son conocidos.»

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.



(1) Quevedo escribió en 1621 su discurso titulado *El sueño de la muerte*, que más tarde llamó *Visita de los chistes*.



LAS LÁGRIMAS.

Sentía en mis sienes pertinaz latido,
El calor de un horno, la sangre hecha llama...
Invisible mano de ruda potencia
Hería mis nervios que al golpe vibraban,
Y en aquel momento de suprema angustia,
Mucho más que el cuerpo, me dolía el alma.
Quise hacerme fuerte, dominar la pena,
Vencer á la fiebre, sujetar la rabia,
Y algo, en lo más hondo de mi sér entonces,
Rió ante mi esfuerzo con risa sarcástica.
Verdad... Hay miserias que todo lo vencen,
Que llevan la muerte doquiera que vayan,
Y ante ellas, el hombre, sin poder ni brío,
Dobla la cabeza, se resigna y calla...
Son como afilado puñal que la vida
En lo más sensible de nosotros clava...
¿Inquieto y rebelde se agita el espíritu?
¡Mas dentro penetra la punta acerada,
Y, así, la protesta solamente sirve
Para hacer la herida más roja y más ancha!...
Cerrando los ojos me hundí en el abismo,
Pues era la lucha tarea insensata...
¿Quién sabe! La pena que encuentra un obstáculo
Para herir á gusto se revuelve airada,
Y al ver despejado y abierto el camino,
Se suaviza acaso porque siente lástima,
Y aunque siempre duele, pues por algo es pena,
Como no hubo lucha tampoco se ensaña,
Y entre la negrura que en el sér esperece
Con tenues fulgores brilla la esperanza...
Yo, pues, frente á frente, si no resignado
Con viril arranque, miré mi desgracia,
Y al triste recuerdo de días mejores,
Eterno contraste que en la mente salta
Como una ironía feroz y punzante,
Cuando á tenebroso porvenir se avanza,
Al ver que las locas ilusiones mías
Con honda amargura plegaban sus alas,

Me sentí más triste que un niño sin madre,
Y, al cabo, á mis ojos brotaron dos lágrimas...
Ellas me trajeron el recuerdo de otras
Que ante mí brillaron en negras pestañas,
Y surgió el acento dulce que decía
Cerca de mi oído: — ¡Brotan por tu causa! —
¡Lágrimas traidoras que secó bien pronto
De un nuevo capricho la encendida ráfaga!
Ahora ante las mías, con nerviosa mano,
Golpeé mi rostro para golpearlas;
Y — ¡Malditas! — dije — Si sois la careta
Conque el vil engaño su rostro disfraza,
Si no sois pedazos del dolor profundo,
¿Por qué, en toda lucha, vuestra fuerza es tanta?
Hacéis que el cerebro se ofusque al miraros,
Que el corazón lance vibración extraña,
Que el hombre más fuerte su soberbia rinda,
Y que ante vosotras conmovido caiga...
La mirada dura se suaviza al veros,
Los labios amantes os buscan con ansia;
¿Y por qué... si luego detrás de vosotras
La traición se esconde? — ¡Si no valéis nada! —
Y al oír mis frases, con voz dolorida
Ellas respondieron: — No sigas... ¡Te engañas!
Muy grande es tu angustia... Trastorna tu mente...
Por eso tan dura maldición nos lanzas...
¿Mentira nosotras?... ¡único consuelo
Que el dolor encuentra cuando recio estalla!
¿Mentira? Seguro que no lo repites
Si haces que reviva tu historia pasada.
Recuerda las muchas que vertió tu madre...
¿También te mentían? ¿También fueron falsas?
¡Ah, loco!... Es que aquellas que ante ti brillaron
Por breves instantes en negras pestañas,
Que amor te fingían y secó otro afecto...
Serán, lo que quieras... ¡pero no son lágrimas!
Serán el veneno que el mal echa fuera...
No lo que nosotras... ¡la sangre del alma!

LUIS DE ANSORENA.

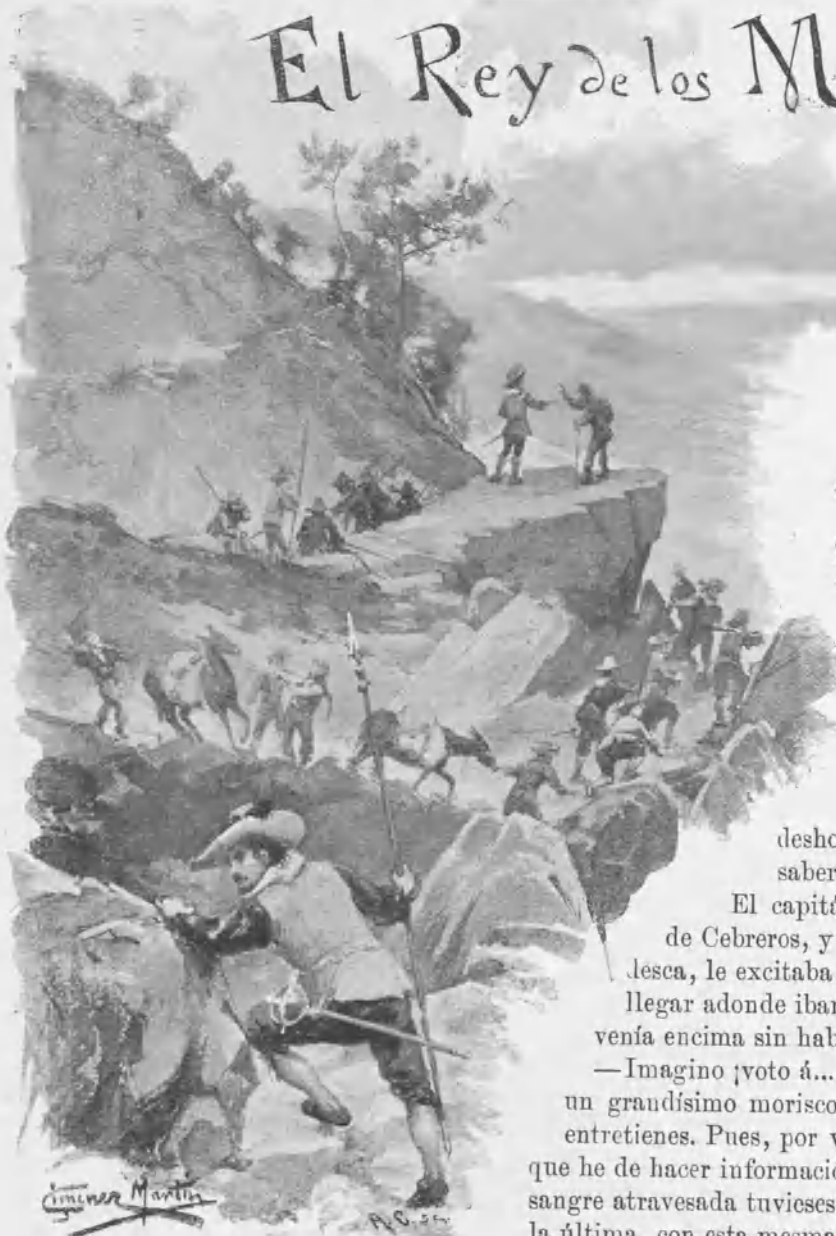




COSTUMBRES ANDALUZAS.

Cuadro de José García.

El Rey de los Moriscos.



EN lo más agrio y ríscoso de la sierra de Gredos les cogió la tarde en uno de los últimos días del mes de Octubre. El capitán Alonso de Talavera animaba lo que podía á su gente, mal dispuesta y bisoña, recién colada en banderas y nada gustosa de andar por vericuetos tales, á deshoras, con hambre y frío, y sin saber á qué azares la llevaban.

El capitán apretaba al guía, que era de Cebreros, y con rudas razones á la soldadesca, le excitaba á cumplir, ya que debiendo de llegar adonde iban al mediodía, la noche se les venía encima sin haber llegado.

—Imagino ¡voto á.....!—dijo el capitán— que eres un grandísimo morisco, y por pura delectación nos entretienes. Pues, por vida de mi padre, ya difunto, que he de hacer información en el camino, y si gota de sangre atravesada tuvieses en las venas, sacarte he hasta la última, con esta mesma cuchilla que te envainaré en los pechos.

—Señor—respondió el guía,— cristiano viejo soy y todos los míos lo fueron, por misericordia de Dios: así, que á la información no temo; más temo á la nevada que comienza á caer, y que nos borrará la senda si no aguijamos.

—¡Hola!—dijo el capitán á su gente;— resguardad bien las bolsas los del arcabuz; apretadse unos con otros; á subir sin tomar resuello, y al que se quede atrás que los lobos lo entierren.

Un aullido lejano vino á responder á estas precisas órdenes. El aire blanqueaba con el caer de los menudos copos; la tierra iba poco á poco resplandeciendo con aquella misma blancura, y los altos árboles bravíos mugían en lo hondo á las rudas sacudidas del viento que los azotaba.

De noche ya llegaron á la rinconada que se hacía en el hueco de dos formidables peñones. Allí estaba la ermita, y delante de ella unos cuantos árboles seculares. Con la claridad de la nieve se veían las cosas como en un largo crepúsculo. El capitán aguardó á que llegara toda su gente, un tanto rezagada bregando con las tres mulas que llevaban, empeñadas en despeñarse, y cuando la tuvo reunida, mandó alistar las cuerdas de los arcabuces y preparar las espadas y alabardas.

—¡Servicio del Rey!—dijo.

Y cerrando con el pulgar y el índice los labios, como quien los cose con aquella puntada, indicó bien cuánto importaba el secreto para entonces y para después.

Rodearon la ermita, y el capitán descargó varios porrazos en la puerta con el puño de la espada.

—¡*Deo gratias!*—dijo una voz por dentro.

—Á Dios sean dadas; pero abrid ¡voto á.....!, que nos estamos helando, y no está la noche para entonar antifonas de parte afuera, y de parte adentro, como en Domingo de Ramos.

Desentrancada la puerta, apareció el ermitaño: recio era y en buena edad; traía su sayal francisco y camándulas hasta el suelo; gran barba y un báculo en la mano, que podía servir de pica, tal era de alto y de gordo.

—¿Cómo se llama vuesa merced?

—El hermano Pascual Gil de la Madre de Dios.

—¡Preso, en nombre del Rey!

Y antes que el hermano Pascual Gil se percatase, ya tenía los brazos ensogados y en los pies un elegante par de grillos. Junto á la lumbré lo tumbaron, con apercibimiento de no decir palabra viera lo que viera, sopena de mordaza y azo-

tes, y mientras unos soldados se calentaban y otros desenfundaban el repuesto de vituallas, el capitán, con las llaves que quitó al ermitaño, á la luz de un farol que llevaba el guía, fué registrando.

Detrás de la ermita había una extraña habitación, cavada en el mismo risco. Allí encontró cosas raras y espantables que olían á brujería á tiro de arcabuz: plantas secas, animales momificados, alambiques, instrumentos desconocidos, pedruscos á medio moler, lámparas desusadas, libros de endiablada letra, con más endiabladas pinturas en color....

Con toda esa extrañeza hicieron una carga, y luego cavaron casi todo el suelo de la ermita, buscando no sabemos qué cosas soterradas. Armas escondidas es lo que debían buscar, según la pregunta que el capitán hizo al prisionero. Este dijo que no con la cabeza.

Venido el día, registraron los alrededores, y como no hallaron las armas con tanto afán buscadas, cargaron en una mula las alhajas del hermano, acomodaron á éste en otra, bien atado de pies y manos y con la mordaza á la vista, y tomaron la vuelta de la sierra, llena de nieve y de peligros.

Al cabo de tres días, al anochecer, llegaron á El Escorial, no sin haber dejado tres hombres helados en el Puerto, y la mula de los víveres enterrada en un abismo.



Á la puerta de una casa de traza bien humilde hizo entrega el capitán del preso que traía, el cual fué como arrebatado por los aires y con el mayor silencio. Uno como escribano, que comenzó á garabatear mientras otro descargaba la mula en que venían los trastos, díjole:

—Señor capitán Alonso, que la gente que trae vuesa merced no se junte con la que aquí está, ni hable con ánima viviente. Á la mañana saldrá toda ella para las Andalucías. Vuesa merced permanezca, y se le darán diez ducados más de entretenimiento.

«Preguntado primera, segunda y tercera vez, dijo que se atenía á lo dicho, sin poner ni quitar palabra; por lo cual se ordenó fuera á cuestión de tormento.»

La voz del escribano sonaba á hojas de papel viejo que se menean: detrás de la mesa estaba el juez, casi tan mudo y rígido como el Cristo que había entre dos cirios encendidos. Al lado de la mesa había una cosa larga de madera, y al lado de la cosa un hombre arremangado de pie y pierna.



Á una señal del escribano, aquel hombre se apoderó del hermano Pascual Gil y lo tumbó en el potro. Signió el interrogatorio, con los cargos consiguientes.

En la ermita de la sierra habían tenido juntas secretas los principales moriscos de Ávila, Salamanca y Extremadura, escondiendo allí armas y eligiendo rey, con intento de alzarse de concierto con los moriscos de Andalucía.

Negación del reo, y una vuelta de cordel.

Un morisco que fué relajado por la Inquisición de Madrid confesó *in extremis* ser cierto cuanto se lleva dicho, y para el conocimiento del susodicho rey de moriscos se remitió al ermitaño, con claras señales de que bien podía ser éste la persona elegida.

Una carcajada del ermitaño, y otra vuelta en el potro.

Del linaje de moriscos le viene al reo cierta vitanda sabiduría para hacer maleficios y otras artes, en provecho de la gente infiel y de su deseado reino. Cierta día albergó en su ermita á un peregrino que venía de tierra de León, y á la noche, acabada la cena, entró el Pascual Gil en el aposento en que tenía sus cosas, y cuando salió

dijo al peregrino con muchas señales de regocijo: «¡Mal día es éste para la cristiandad! Hoy por la tarde, el renegado Solimán ha apresado tres galeras de Malta y una de Nápoles, dando al través con dos, á la entrada del Archipiélago. Y va dando caza á las que escaparon y un patache cargado de azúcar, que no se sabe si los apresará esta noche.»

El peregrino hizo gran fiesta á la noticia, pensando que el hermano Pascual Gil había empuñado el codo demasadamente, y pasados veintitrés días, hallándose en Badajoz, supo que el día mismo que estuvo en la ermita, Solimán el renegado había apresado las galeras dichas de la Religión y de Nápoles, con los demás destrozos é insolencias que se saben, y que por tal desgracia habían ido doscientos cristianos al remo. Hizo confesión con el guardián de un monasterio, lleno de espanto por aquellas cosas.

El hermano negó, por lo que se le dió la tercera vuelta.

Mandó el juez que le limpiaran el sudor y le hiciesen beber la taza de vino agnado para que los espíritus vitales no se acabaran antes que el interrogatorio; extrañando á todos aquella gran fortaleza del morisco, que oía y negaba con no vista desenvoltura mientras le rompían la carne hasta los huesos.

Visto su buen ánimo, siguió la diligencia.

En las secretísimas juntas que habían tenido, hacía hablar á Pedro Roblote, morisco viejo de los Ajates de Ávila, aborrecado por ladrón sacrilego, y tres años después de muerto, lo oían con su misma voz y recibían sus consejos, todos encaminados al alzamiento que preparan.

— ¡Mentira! ¿Quién lo ha dicho?

— Uno que lo sabe. Confiesa y lo sabrás.

— Confieso esa mentira.... por saberlo.

— Lo ha declarado Antón Baudales, de Piedrahita, uno de los tuyos.

— Bueno; pues es mentira.

Y de allí no le sacó nadie.

Acabada la declaración, Pascual Gil estaba contento. Las vueltas no le habían dolido apenas. El tormento era una leyenda para asustar á los inocentes.... Allí estaba él, bueno y sano y nada dolorido....

El juez, de aspecto casi magnífico, se marchaba ya; el escribano recogía sus papeles. El verdugo desataba á la víctima, y ¡oh sorpresa!, á

tiempo que le sostenía y ayudaba, besóle la rodilla derecha, ¡él, el verdugo!, y luego le dijo muy quedo:

— ¡Baracka, sidi!

— ¡Túl ¿Qué jerigonza es esa, hermano?

La mano del verdugo cayó brutalmente sobre la boca del reo.

— ¡Chds!..... He jugado mi cabeza, sidi. ¿Antón Bandules? Ya le ajustaremos cuentas.

— ¿De verdad eres.... mi hermano?

— ¡Soy tu esclavo, sidi! Tomé este oficio por el gusto de matar perros. Somos muchos... ¡manda!

Fué una visita misteriosa la que recibió el reo en su calabozo. El embozado era persona importante. Quería saber ciertas cosas y ofrecía mucho. El ermitaño se mantenía impasible.

— ¿Desconfías? Si supieras quién soy....

— Lo sé y desconfío.

— ¿Luego es cierto el poder de adivinación?

— No lo conozco. Acusado de lo que dicen, sólo cuatro visitas podré recibir. No sois mi juez, ni el verdugo, ni el Rey.... De modo que sois D. Rodrigo Calderón.

— Eres extremado, bien lo veo. Bueno, pues repito la promesa. No irás á la Inquisición y tendrás mi amparo.

— Quiero más. Ya os lo he dicho. La libertad, y os doy ese gusto.

— ¡Linda porfía!

— La libertad para irme muy lejos.... al fin del mundo; donde nadie me acuse, ni me prenda, ni me inquiete.

— ¡Así, así, viven los cielos! Hecho el trato.

— ¿Qué garantías?

— Mi mano y mi palabra. ¡Es una palabra casi real!

— La estrecho, y así Dios que nos oye, os haga morir de mala muerte, amarga y afrentosa, en público y á pregón....

— Me conminas con la horca, gran bellaco.

— Si en un punto faltáis á lo ofrecido y dicho á un preso amarrado de pies, lacerado del tormento y con las ansias de un agonizante por toda compañía y consolación. ¡Qué Dios me oiga y ampare!

— ¿Qué hace falta?

— De lo que conmigo trajeron, lo que se hallará en un costal marcado con una cruz negra.

— ¡Hola! — dijo D. Rodrigo; y repitió la marca y señal á uno de los que guardaban el calabozo.

Lleváronle el bulto, que contenía varias piezas de metal que hábilmente armó el ermitaño, y al entregar la máquina al Ministro, toda ella cabía sosegadamente debajo de un sombrero.

— Escondedla donde queráis, haciendo esto no más. Recogedla después, y con sólo esta variación, dejadla que hable. ¡Ella hablará una y otra vez, y siempre!

— ¡Hablará! Cosas infernales son éstas.

Y sin poder contenerse, hizo D. Rodrigo

dos ó tres cruces encima de aquel espantoso aparato.

— Ya os he dado el secreto. ¿Y mi libertad?

— Cuando me asegure de que no me engañas. ¿Aún desconfías?

— ¡Dios ve los corazones!

¡Qué asombro! El Ministro había sorprendido el secreto de la intimidación real. Había escondido la máquina del ermitaño detrás de un mueble de



la cámara, y le repetía, allí en el silencio de la noche y de su alcoba, cosas interesantes que habían hablado el Rey, el Inquisidor y el Presidente del Consejo Real de Castilla. Eran ellos, ellos mismos, con sus voces, sus pausas, sus toses cortesananas.....

Y hablaban de él, de D. Rodrigo: el Presidente quería limitar su poder, ¡marrullero! El Inquisidor extender el suyo, ¡solapado!

Ya sabía de quién tenía que defenderse. Al Presidente le mostraría los papeles aquellos que guardaba D. Baltasar de Zúñiga, testimonio de cosas atroces hechas por amor de una judía toledana. Con decirle de manos á boca «y esto?» caería fulminado para no levantarse. Al Obispo le atacaría malquistándole con Roma, entorpecién-dole la jurisdicción, sublevándole las órdenes enemigas..... Un disgusto cada día, y duraría un mes. Treinta disgustos seguidos, por muy Inquisidor que sea, no los resiste nadie.

Y la máquina diabólica, hecha en el propio infierno, le diría lo que el Rey pensase, lo que hablare el Rey. El Rey era suyo.

Á media noche entraron en el calabozo dos personas: un fraile teatino y el verdugo. Era otro verdugo.

—¿Por qué así?

—Porque eres reo de Estado. No te cures de la afrenta; Dios y nosotros lo sabemos.

—¿Ahorcado?

—Sí.

—Ya estoy. Sólo una cosa se me ofrece: que le digáis á D. Rodrigo Calderón estas palabras: «Ha muerto *aquel*; mas Dios le ha oído. ¡Dios habla y hace!»

—¿Nada más?

—Punto por punto. Dime una cosa verdugo: ¿has destruido lo que trajeron conmigo de la ermita?

—Todo lo he quemado en el horno de los villanos.

—Que me place. No sabe el mundo lo que ha perdido. Otros vendrán..... mas pasarán siglos. ¡Cuántas cosas le hubiera dado! No las merece.

No quiso confesar. ¡No, no y no! Espantó al teatino y al verdugo. Á este le dijo, puesta ya la cuerda en la nuez:

—Espera. ¿Sale el sol por allí? Para allí quiero mirar. Bésame la rodilla.

—Ya está. ¿Por qué esa ceremonia?

—¡Porque soy rey! Y con estas palabras murió.



Don Rodrigo contestó riendo al mensaje.

—¿Cómo se acordó el rufián! Yo cumplí: le di la libertad para muy lejos..... él quería irse al fin del mundo, y se le ha enviado un poco más allá. Agradezca el hereje no ir al infierno tostado. ¡El verdugo que me ahorque.....!

Á los tres días salió del Escorial el ermitaño «Pascual Gil de la Madre de Dios», que iba á Nápoles para pasar á Roma, con cartas al Virrey y al Embajador.....

La noticia cundió bien pronto. El pobre hermano quería ver al Papa y pedir bulas para su oratorio.

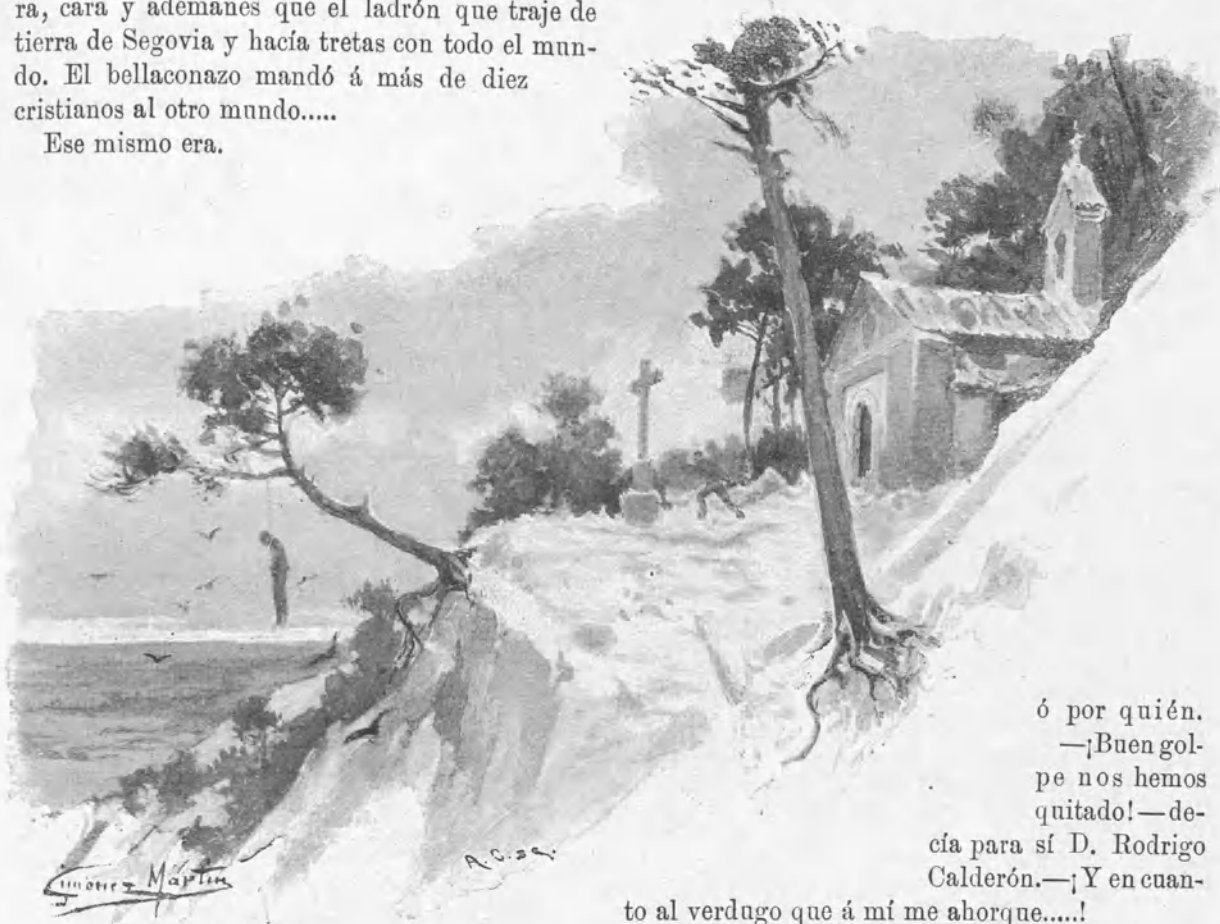
Un capitán que estaba allí pretendiendo plaza

en la flota, fué el único que dijo al mirar á Pascual Gil:

—Jurara yo, con los santos cuatro Evangelios por delante, que este *fraile* tiene la misma figura, cara y ademanes que el ladrón que traje de tierra de Segovia y hacía tretas con todo el mundo. El bellaconazo mandó á más de diez cristianos al otro mundo.....

Ese mismo era.

cristiano viejo de Piedrahita. En el barrio de Ajates de Ávila hacían gran duelo con llanto y lamentaciones, no se sabe si por el *cristiano viejo*



ó por quién.

—¡Buen golpe nos hemos quitado!—decía para sí D. Rodrigo Calderón.—¡Y en cuan-

to al verdugo que á mí me ahorque.....!

¡Oh mundo, las cosas que tienes escondidas, anunciadas, negadas y por conocer! Dios *habla y hace*.

JOSÉ NOGALES.

Aquella noche llegó la noticia: en la sierra de Gredos, cerca de la ermita, había aparecido ahorcado de la rama de un pino Antón Bandules,





CANTO.

Quadro de C. Kiesel.



LOS RAYOS Z.

I.

*E*lla era de una fealdad superlativa; lo horrible hecho carne; pero *Él* la empeoraba en tercio y quinto con su cuerpo dislocado, su cabeza como machacada entre dos piedras, pies de aumento y manazas como guantes de esgrimir. El amor, que une hasta los hipopótamos, había apasionado mutuamente aquellos monstruos, pero nadie se imaginaba al Cupido que hizo su consorcio, con alas de oro y rosa, sino en figura de murciélago. Al verlos, rompían á llorar hasta los usureros, y las agnas de los ríos, espantadas, corrían más de prisa; el Sol se nublaba para tapar aquella visión doble, y la Obscuridad, al envolverlos cada noche, sentía las entrañas doloridas á la idea de tener que darlos á luz por la mañana.

II.

Desde entonces saben los poetas que pueden hablar hasta las piedras, porque las estatuas de Fidias se quejaron en voz alta diciendo desde sus pedestales:

—Es intolerable que lo feo inspire amor.

Y las Frinés y los Adonis que lucían en los Juegos Olímpicos sus cuerpos arrogantes, vociferaban indignados:

—Atraer y ser querido, es el privilegio de lo hermoso; repeler y repugnar, es el castigo de lo feo.

—Ese amor tierno y horrible trastorna las nociones de la fealdad y la belleza.

—Destierra, Apolo, esos amantes al astro más lejano, adonde no lleguen la vista ni el pensamiento de los hombres.

—Pide á Júpiter que los confunda con sus rayos.

III.

El carro del Sol se detuvo, y los dioses, los héroes y cuantos tienen entrada de favor en el Olimpo subieron á escuchar el himno de Apolo en defensa de la poesía y la belleza. Al resonar su argentina voz en las alturas, los mundos enmudecieron para no interrumpir su cántico sublime, y temblaron los monstruos, las Harpías, las Parcas y las Furias cuando pidió el exterminio de la fealdad por desapacible á la vista, indigna de amor y ser el borrón de lo creado.

IV.

Iba á dictarse la sentencia, pero pidió la palabra Vulcano, el más feo de los dioses: de lo ocurrido allí, sólo se conservan breves fragmentos en un papiro hallado en las ruinas de Pompeya.

Dijo Vulcano:

—Entiendo que hay tres clases ¡oh Febo! en cuanto alumbras: lo bello, lo indiferente y lo deforme, y todo constituye una armonía. Si supri-

mes la fealdad, quedará perpetuada por esa dislocación del todo, hoy perfecto, mañana cojo como yo. Ni tendrá valor lo hermoso si falta el contraste que le da su estimación.

¿Puedes negar acaso que, desterrando la fealdad, destruyes la hermosura, que resulta muchas veces de su transformación ó de sus obras? Fea es la oruga y se convierte en mariposa; fea es al nacer la cría de los pájaros, y luego alegra los jardines y los aires; feo soy y feos son mis cíclopes y, ¡oh Sol!, fabricamos el carro en que paseas tu belleza. ¡Que forjen obra igual las deidades más hermosas!

Que lo feo no debe inspirar amor.... Ello es que lo inspira; y desde que hay recuerdos en el tiempo, se realiza el enlace y reproducción hasta de lo más repulsivo y asqueroso. ¿Por qué misterio? Preguntadme los secretos de la aleación de los metales, pero no de los misterios amorosos. Pido que venga el Amor á declarar en este juicio.

V.

Entró riendo: una bandada de mariposas blancas, verdes, azules y gayadas, bullía alrededor de sus cabellos y se disputaba el azúcar de sus labios.

— ¡Amor! — dijo Vulcaño — ¿por qué secreto es amado hasta lo horrible?

— ¿Lo horrible? No comprendo; ya sabéis que soy ciego.

— Entonces ¿cómo aciertas cuando hieres?

— Tengo luz propia con que todo lo ilumino á mi manera. Mirad cómo me alumbro.

Y de los ojos blancos de Cupido brotó una luz rosada, que proyectándose en neblina luminosa sobre los seres más disformes, enmendaba sus defectos, como podría la divina mano de Apeles corregir el borrón de un aprendiz.

Vieron los dioses á aquella falsa luz convertidos en obras maestras los mamarrachos de artistas impotentes que aparecían no conforme eran en realidad, sino como los concibieron y creían haberlos ejecutado sus antores.

Y vieron en todo su esplendor la belleza del

esfuerzo, los encantos de la mosca, las seducciones del galápago, los atractivos de la cucaracha, las gracias del mochuelo y un desfile tentador de pulgas, topos, erizos, cerdos y micos adorables; que así resultaban todos mirados con los ojos del Amor.

Cuando las razas humanas penetraron en el foco luminoso, tembló la belleza helénica al ver otras formas rivales de hermosura que ni aun había sospechado: la Venus amarilla de ojos oblicuos y sin pies, la Venus esquimal envuelta en piel de foca, la Venus gitana de ojos brillantes y lascivo movimiento, la Venus enana, la Venus hotentota....

Cupido cerró los párpados y la linterna se apagó; había sentido un pellizco de su madre, la Venus verdadera.

— Basta — le dijo enfurecida; — te desafío á que embellezcas sin desfigurarlos, esos monstruos que han escandalizado á Grecia con su amor.

Cayeron sobre *Ella* y *Él* los rayos amorosos, y de la horrible pareja, sin perder su parecido, emanó un género nuevo de belleza inarmónica, baja, sensual, picante, pero indudable y poderosa. Apolo en su nobleza, no pudo menos de exclamar:

— Verdaderamente, esos monstruos son hermosos, y hay otra belleza oculta que no alumbran mis rayos y sólo ve el Amor.

Venus confesó su derrota con su furia, porque desatándose el ceñidor dió á Cupido una azotaina en medio de los cielos. El Amor siguió riéndose: como que el ceñidor con que le azotaba su madre era de flores.

* * *

No pudo entender más el sabio que descifraba el manuscrito pompeyano, y abandonó la biblioteca murmurando:

— Los rayos X nos han descubierto nuevos misterios de la luz. Pero hay otros rayos dentro de nosotros, que hacen ver embellecidos, en la linterna mágica del amor, á las madres sus hijos, sus obras al artista, y á todos su ideal. Si no hubiera rayos X, merecerían ese nombre; ¿cómo ha de ser? los llamaré los rayos Z.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.



BARCINANDO LA MIES.

Cuadro de Henseler.

Henseler 08.

Schiff



EN EL CAMPO.

Cuadro de Perrault.



EMPRESAS DE AMOR Y CELOS.

(FRAGMENTOS.)

I.

La corte está de caza. En los confines
De Valsain resuenan
Roncos disparos, toques de clarines
Y alegres cantos que los aires llenan.

En briosos corceles
Ocupa los pinares segovianos,
Vistiendo centellantes oropeles,
Bulliciosa legión de cortesanos.
Destacan sobre el polvo del camino
Y en los claros del bosque, al purpurino
Beso del sol, las verdes bandoleras
De argento encuadrilladas,
Las casacas airosas y severas,
Las cruces esmaltadas,
El oro, las brillantes fornituras,
Las dragonas de espléndidas monturas,
Los puños valonados,
De las hermosas las crujientes faldas,
Y los regios tocados
Con tembleques de perlas y esmeraldas.

Todo en vistosa confusión: monteros
De ruda faz y de ásperas guedejas;
Galantes caballeros;
Hermosas juveniles
Y encopetadas viejas,
Que vieron, en sus plácidos abrilés,
Del gran Felipe Quinto las hazañas.

Al frente del cortejo deslumbrante,
El rey Carlos Tercero,
Curtido por el sol de las campañas
El enjuto semblante

De aire sencillo y á la par severo,
Con mirada avizora,
La raya azul del Occidente explora.

En silencio, los nobles cortesanos
Escuchan los lejanos
Truenos de la batiente cacería,
Que llena los inmensos horizontes
Desde las bravas crestas de los montes
Hasta los hondos senos de la umbría.

Mientras la corte espera á la acechanza,
Por los senderos del pinar avanza
La batida en tropel; ya los disparos
Retumban más vibrantes y más claros,
Y suenan ya más cerca los sonidos
De las trompas de cuerno, y las veloces
Marchas, y los aullidos
De la jauría, y las hirvientes voces.

Ya en los linderos del jaral resuena
Como un rumor de turbulenta lucha;
Tempestuoso huracán los aires llena;
Ya avanza... ya se escucha...
Ya, casi á tiro de arcabuz, se siente
Aullar los canes y temblar la tierra.
Con ecos bramadores
Un *jahi va!* colosal bate la sierra.
—¡En guardia!— clama el Rey;— los batidores
—¡En guardia, cazadores!—
Con el afán del entusiasmo, gritan...
Flota algo de ansiedad en el ambiente;
Los monteros se agitan;
Yérguense los caballos; hacia el frente
Suena un disparo; la lozana hierba
Olfatean los perros... De repente,
Salta y huye hacia el bosque velozmente,
El flanco herido, fugitiva cierva.

—¡Alalí! So el pretal del alazano
 Potro, de pura sangre y piel lustrosa,
 Flojo el rendal en la siniestra mano,
 El Rey de las Españas
 Salta detrás con furia tormentosa,
 Rompiendo brezos y tronchando cañas,
 Y avante el potro real, va la jauría
 De rabiosos lebreles
 Ladrando de furor y de alegría,
 Y los nobles detrás, en sus corceles
 Sin freno, abandonados
 De la carrera á las audacias locas,
 Cruzando, como alud, fértiles prados
 Abruptas sendas, polvorientos vados,
 Ingentes bosques y desnudas rocas.

II.

Lejos de los bizarros cazadores,
 Por extensa avenida de laureles
 Que el sol dora con pálidos fulgores,
 Embebecida en pláticas de amores,
 Al paso los corceles,
 Con íntimo alborozo
 Marcha triunfante juventud.
 El mozo
 De blonda cabellera
 Que con toque de polvos engalana,
 Chupa de ante, sombrero
 De blanca pluma, casaquín de grana,
 Al pecho deslumbrante bandolera
 Y á la cintura cincelado acero,
 Habla á la hermosa, que montando pía
 Yegua, que enjaezó con gran riqueza
 Gustó francés, reía
 Moviendo airosamente la cabeza.
 La dama es linda, esbelta y vaporosa
 Cual las princesas de Watteau; su traje
 Es de luciente terciopelo rosa;
 Ciñe al busto gentil banda de encaje,

Y un tocado de espléndido plumaje,
 Suntüoso modelo
 Pompadour, en su rubia cabellera
 Peinada en ondas, cual triunfal cimera
 Tiembla y se erige levantando el vuelo.

Es la Marquesa d'Esminières; la dama
 De airosa distinción y gracia altiva,
 Á cuya vista el corazón se inflama
 Como antorcha de luz que el viento aviva.

De Trianón, á la severa corte
 De España vino, y su gracioso porte
 Y el hondo brillo de sus ojos tersos,
 Inspiraron hirvientes desvaríos,
 Envidia femenil, amantes versos
 Y locos desafíos.

Con mano que cubrió sedoso guante,
 De elegancias augustas
 Empuñó el cetro y desterró al instante
 De la corte galante
 Las modas y costumbres ya vetustas.

Por eso, en torno de ella, los cortejos
 Son más nutridos cada vez, en lizas
 De amor, en las iglesias y en los bailes:
 Bizarros Corps, acicalados viejos,
 Lindos abates de pelucas rizas,
 Nobles Marqueses y sesudos frailes.
 Esa es Rosaura d'Esminières.

Risueño,
 Triste ó locuaz, mas siempre enamorado,
 Así habla, de ella al lado,
 El alferez de Corps Luis de Sedeño:

III.

—¡Ah! si elocuente fuera, como es hondo,
 Dulce y alta señora,
 El que en el pecho escondo
 Inextinguible amor que me devora,
 Ante vuestra presencia,
 Á mi oración sobrara la elocuencia
 Que Amor requiere en tan sabrosas lides;
 Mas ¡ay! que de ella falto,
 Sólo indomable Aleides
 Vencer pudiera en el tenaz asalto!...
 —Habláis bien y os escucho complacida;
 Seguid.

—¡Nunca, señora,
 En mi azarosa vida
 Infando miedo conocí; ¡lo juro
 Por la dulce beldad que mi alma adora!
 Mas no sé qué temblor me invade ahora,
 Que no voy bien sobre el arzón seguro!
 —Asíos.

—¡Y es que os amo!... —¡Y es que os ruego.
 Que habléis con más sosiego;
 Pues son tan expresivos
 Vuestros modos, que, acaso, en un instante,
 Si se os van los estribos...
 Desplomaros podéis de Rocinante...
 —Según eso, yo soy cual Don Quixote...
 —¡Oh, Don Quixote! ¿Y por ventura os pesa
 Ser caballero de su alcurnia y mote?
 ¿Calláis?

—Perdón, Marquesa,
 Nunca corrí fantásticas hazañas...
 —Os mostráis, en verdad, poco sincero.
 ¿Quién una vez, al sol de las Españas,
 No se ha sentido andante caballero?
 —Mas yo...

—Mas vos... ¿Acaso,
 No sois cual los demás? ¡Ah! No imagino
 Que salga un español á campo raso,
 En pos de empresas que abatir al paso,

Y... se le olvide el yelmo de Mambrino!
¡Vos amáis, *Don Alonso!*

—¿Y quién no siente
La enamorada aspiración que, hirviendo,
Como chispazo de arcabuz se inflama?
¿Quién en su pecho, desbordadamente,
No ve crecer la inundación? ¿Quién no ama?
—Pues, el que, enamorado de una estrella,
Quiere volar y encaramarse en ella,
Y erige el vuelo y se derrumba, y llora
Y se levanta, y con el golpe acrece
Su afán, cual vos ahora,
Si no es Quixote aún... ¡se le parece!...
—¡Salud, mi amada y rubia Dulcinea!
Por vuestro amor, andante caballero
Sale en busca de hazañas!

—Saber quiero
Cuándo pondréis en práctica la idea.
—¿Que cuándo? Ahora. Para casos tales,
Ese bosque de oscuros robledales,
Esa risueña fuente, esos caminos,
Esa inmensa llanura que se ensancha
Á nuestra vista, sus perennes pinos,
El monte, el sol, el cielo... ¡todo es Mancha!
Pongamos en acción la obra maestra.
—Pues ya qué os mueve así tan gran locura,
Salga el valiente hidalgo á la palestra
Jinete en su gentil cabalgadura.
Saltad sobre el capítulo tercero.
—¡Ah! en tal caso, decidme: ¿por ventura
Sois vos quien ha oficiado de ventero?
—¡Galante caballero,
Cómo abusáis de la paciencia mía!
—Perdonadme, señora...
—Continúe el señor...

—Llegó la hora.

La del alba sería...

Así van, atizando su deseo
Con el arranque noble, el discreteo,
Los risueños agravios
Que alzan, á veces, tempestad de enojos,
El sonreír de los amantes labios
Y el chispear de los ardientes ojos.

Así van; mas Sedeño
En su constante empeño
La victoria no alcanza,
Porque la hermosa, del amor maestra,
Sólo dejó en su diestra
El acero sutil de la esperanza.

IV.

Y al volver un recodo del sendero
Que se extiende á lo largo del paisaje,
Un nuevo personaje
Vieron venir, airoso caballero

En blanca mula y con talar ropaje.
Don Luis, al verle, con semblante huraño,
De él solamente oído.
Barbota un «¡Vive Dios!», en donde late
Concentrado furor.

—Si no me engaño,
Ese que acá nos viene cual llovido
—Exclamó d'Esminieres— es el abate
Fantina, es el cantor de las preciosas,
Como el lindo Cottin, enamorado,
Que acaso busca, entre las frescas rosas,
Las frases deliciosas
De un nuevo madrigal almibarado.

—Fantina es, en efecto, el importuno...
—Importuno ¿y por qué? ¿Cuán duramente
Le juzgáis! ¿Daño os hizo?—

¿Á mí? ¡ninguno!
¿Qué daño puede hacer una serpiente?

—¡Burla cruel! ¡Vuestra jactancia admiro!
¡Sierpe Fantina! Apreciación es ésta
Que en verdad no me agrada.

—Si os molesta,
Señora, la retiro.

—Próximo á la Marquesa, el italiano
Forjando reverente cortesía,
Irguió un ramo de rosas en la mano,
Y ya frente á Rosaura que reía,
Con un gentil desgaire cortesano,
La dijo:

—Para vos, señora mía.
—¡Oh, qué galante sois!

—Y vos ¡qué hermosa!
—Mil gracias os daré por cada rosa.
—Para vos las cogí de los rosales;
Muchas estaban sin cuajar apenas;
Cuando las dije sus destinos reales
Se abrieron todas de perfumes llenas.
—¡Oh, gracias, gracias! Madrigal tan bello
Nunca en mi alma vibró con tal dulzura.
—¡Marquesa!

—Y vos, don Luis, ¿qué pensáis de ello
—Que no alcanza á cantar vuestra hermosura.
—¿Vos también? ¿Á quién torno la mirada
Que no me hable de amor?

—Sería en vano
Que cansarais la vista en la jornada,
Pues, si antes de caer en vuestra mano,
Se abren las rosas, sólo al presentiros,
Ansiosas de aspirar vuestra belleza,
¿Qué podrían mis labios no deciros
Que no os lo diga ya Naturaleza!
—No habrá sido en los campos de combate
Donde habréis aprendido poesía...
¿Qué os parece el rival, señor abate?
—¡Un poeta magnífico!...

—Á fe mía,
Que es bien digno de vos...

—Ah, no es posible
Competir con dición tan inspirada...
—¿Oís, Sedeño?

—... ¡Es un rival temible!...

Maneja ora la pluma, ora la espada...

—Como vos el encanto y la ironía...

—Perdonad, caballero;

Soy un hombre de honor; cuanto os decía,

Como amo la verdad, es verdadero.

Mi buena voluntad os lo asegura.—

Y, pasando á otro tema, la hermosura

Preguntó:

—¿Adónde iba,

Tan á solas, huído,

Mi venturoso amigo, bosque arriba,

Como escapando al temeroso rüido

De la corte?

—También iba de caza.

—¿Vos? ¿Con esa cachaza?

¿Sin armas y sin potro? ¿Y qué cazáis

Cruzando los bosquetes y las lomas

Como un naturalista? ¿Os chanceáis?

—¡Oh, no! Cazaba.

—¿Pero qué?

—Palomas.

—¿En mula y sin neblí? ¡Nunca vi tales,

Como ahora á vos, ridículos empeños!

¿Cazábais las palomas con señales?

—¡Cazaba yo palomas ideales

Con el rojo alcotán de mis ensueños!

—¿Y habéis cobrado muchas?

—¡Ah, señora!

¿Os placirá que os diga

Que el ave que mi azor persigue ahora,

Es tan gran voladora,

Que no la rinden miedo ni fatiga?

—¿Tanto vuela?

—Señora, vuela tanto,

Que antes que el gavilán abra el plumaje,

Cual vos pasáis de la sonrisa al llanto

Va ella del palomar hasta el bosque,

Y del bosque al palomar.

—Recelo

Que no habréis de alcanzarla.

—¡Yo os lo fío!

—¡Mirad que tiene de condor el vuelo!

—¡Ved que es bravo y tenaz el haleón mío!

—Habéis—dijo la hermosa,

Templando de su voz el leve fuego—

Una imaginación viva y graciosa

Digna de La Fontaine y Samaniego.

Y pues con tal audacia, con tal arte,

Con tan... ¿cómo diré? punzante tino

Aventajáis el numen de Irriarte

Y cultiváis el dón de Fiorentino,

Yo os quiero confesar...

—¡Por Dios, Marquesa!

—...yo os quiero confesar que me interesa

Vuestro apólogo, y quiero

Que, si mañana honráis mi humilde mesa,

Lo recitéis.

—Entero.

Perded todo cuidado,

Que en vuestra mesa, honrado,

(Si es que de mí la inspiración no aleja

Su luz) irán las frases

De mi fábula, audaces

A vos.

—Mas ¡no olvidéis la moraleja!—

Y tornando á Sedeño:

—Mi bravo Don Alonso de Quijana,

¿Qué pensáis del abate y de su empeño?

—Mañana os lo diré.

—Pues bien, mañana...—

Y Rosaura calló.

V.

Como inspirada

Por suavísimo afán, detuvo el paso,

Y tendió por los cielos la mirada,

Desbordante de luz.

Ya era el divino

Instante del crepúsculo. El ocaso

Con flava tenuidad resplandecía,

Como irisado piélagos ambarino

En que un oro de luz se desleía.

Faltaba al campo su matiz risueño,

Y era esa vida que precede al sueño,

Esa hora melancólica y serena

En que todo se abisma en honda calma

Y en que una brisa de perfumes llena

Invade el pecho y aplacenta el alma;

Esa hora de ansiedades amorosas

En que, cual lluvia de hojas de azucena,

Pueblan el aire blancas mariposas;

Esa hora de tristezas que embriagan;

Esa hora de quietudes y de olvidos,

En que las musas del silencio vagan

Por los inmensos bosques florecidos!...

Rosaura, pensativa y silenciosa,

Ante el vago palor del firmamento,

Con la mirada errante y luminosa,

Disolvía su espíritu en el viento.

Hálito, sangre, corazón, idea,

Su sér, todo su sér, albo y riénte

Se abandonó, flotando en la marea

De aquella irisación palidéscente.

Y agonizaba en el ocaso el día.

Y ante el encanto de la tarde aquella,

Viviendo todo en ella

Mas ella en todo, d'Esminières sentía,

Con ansias amorosas,

Su espíritu en la esencia de las cosas.

¡Y era su alma, abierta á los sentidos,

Savía en los viejos árboles floridos;

En alado tropel, ritmo sonoro;

Calor, en la maraña de los nidos;

Y so la fimbria de los cielos, oro.

Fantina, alma de pájaro, que vuela

Embriagado de eróticos anhelos,

Ve que á Rosaura d'Esminières constela

La tibia luz de los dorados cielos,

Y adivina la hirviente

Aspiración que invade á la adorada
Beldad, mientras Sedeño, indiferente,
Una mano en la brida, otra en la espada,
Ante el juego de luz del Occidente,
Piensa en todo, es decir, no piensa en nada.

Y así sueña Rosaura en la divina
Dilución de su sér; y así Fantina
Presiente de la hermosa el hondo sueño;

Y así á las almas el Amor asoma...

Y así calla Sedeño...

Y así va el gavilán tras la paloma!...

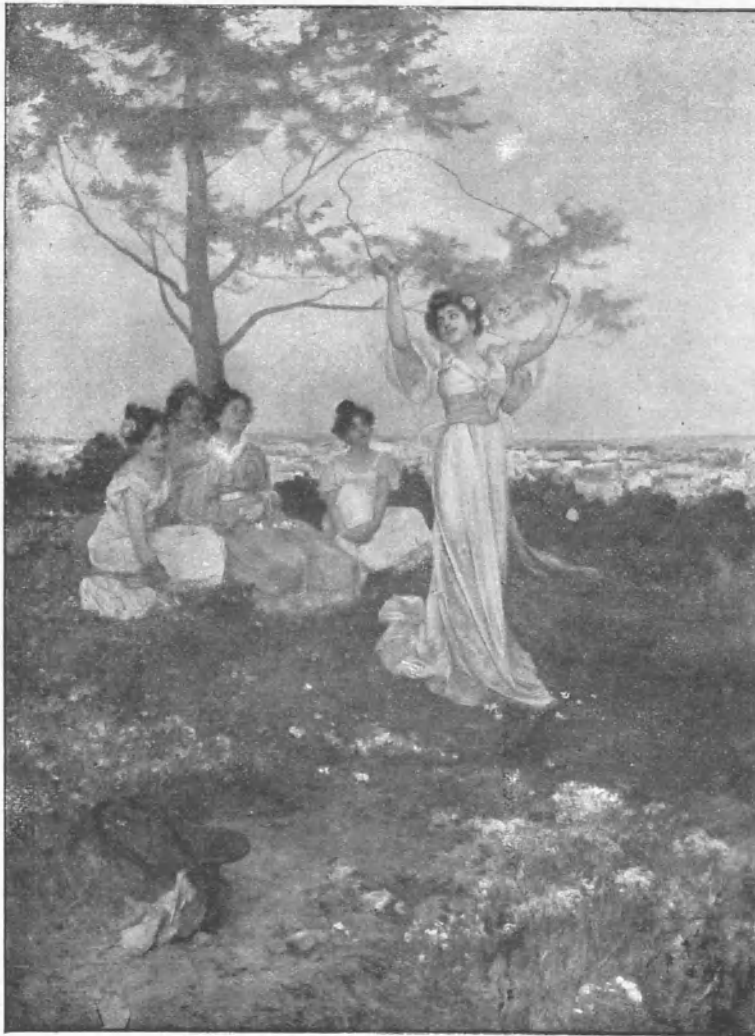
Mas, de pronto, rasgándose en la quieta

Calma de los inmensos lauredales,

Alzó su himno de bronce la retreta

De los clarines reales.

S. GONZÁLEZ ANAYA.



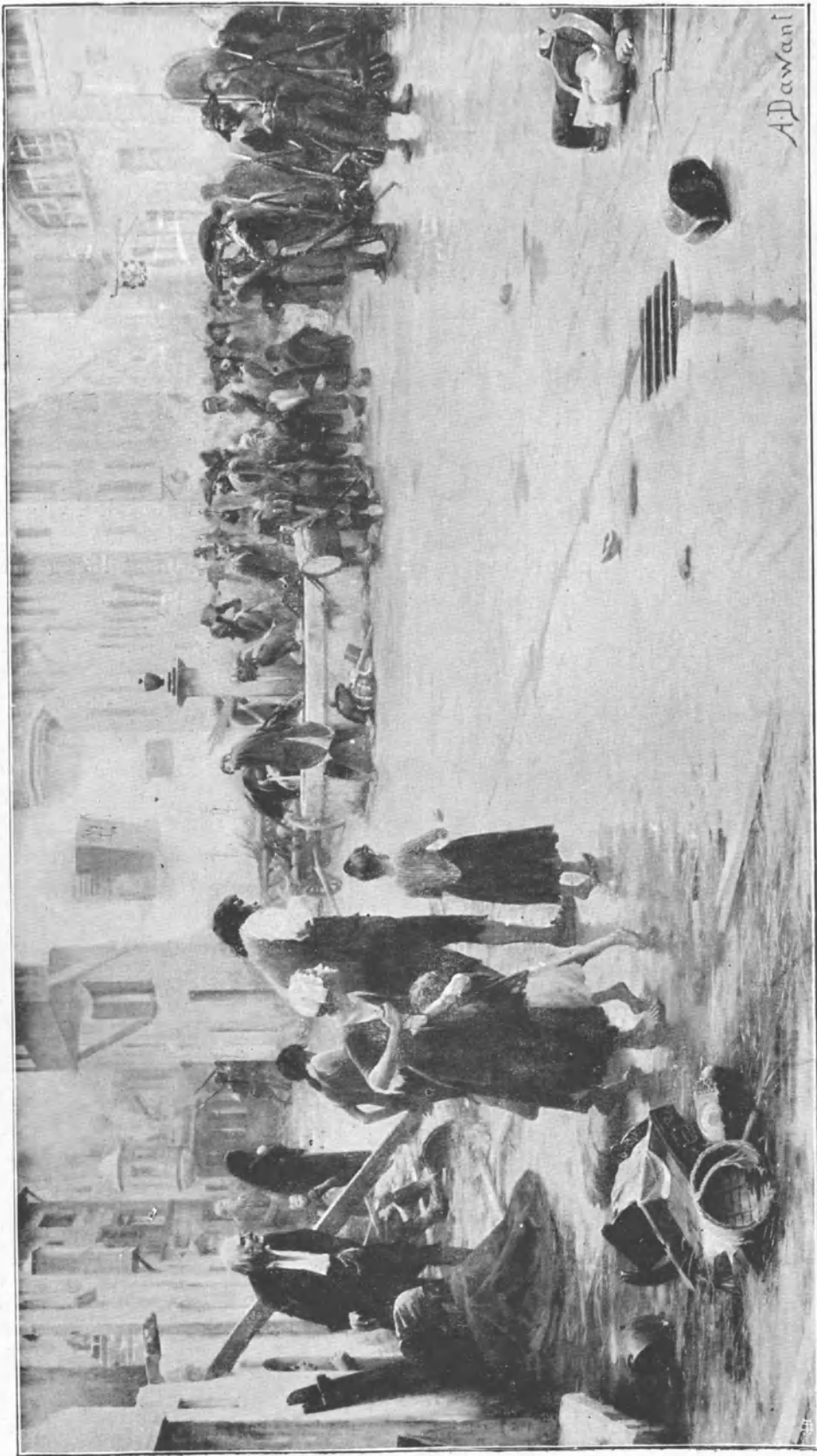
EDAD DICHOSA.

Cuadro de Artigues.

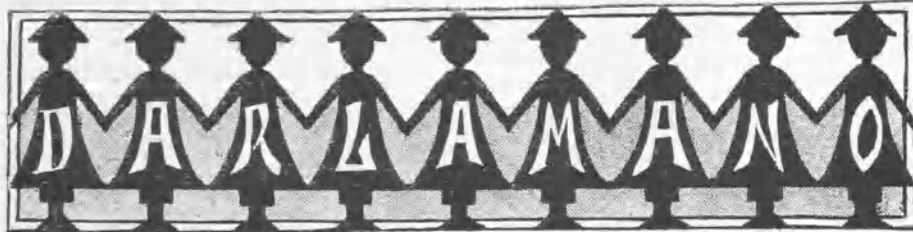


EL MENSAJE.

Cuadro de Weis.



ESCENAS DE LA GUERRA.
Cuadro de Dawant.



No creas, pío lector, que es tan fácil, como á primera vista parece, darse buena mano en asunto aparentemente tan llano y trivial como el que indican las tres palabras que sirven de título á estos renglones.

Si el *dar la mano*, en la forma que aconseja la mal entendida urbanidad de nuestro tiempo, no es ciertamente costumbre anterior á la dominación española en Italia, de donde acaso fué tomada, es indudable que hasta el entronizamiento de la dinastía de Borbón y la irrupción de personajes franceses que, con Felipe V, cayó sobre España, no adquirió su forma definitiva, cuya generalización ha ido aumentando en todo el siglo XIX á causa de las revoluciones de carácter popular y democrático que borraron antiguas fronteras separadoras de las diferentes clases sociales, é impusieron más tarde la abusiva costumbre de *dar la mano* sin tino, sin discreción ni miramiento, inconsideradamente, *ab hoc et ab hac*.

La gloriosa conquista de la suspirada igualdad ante la ley nos ha traído apareada la nivelación social por el *achuchón de manos*.

El saludo con la mano practicase desde tiempo inmemorial, no por medio de apretones, sino tocándose suavemente la mano, que después se llevaba á la frente, á los labios y al corazón. La acción de llevar la mano á la boca, *manum ad os admovere*, y de besarla luego, dió lugar á la palabra *ad-ora-tio* (adoración).

Aún en Oriente, el saludo íntimo, como todavía se practica en Italia y otros países de Europa, consiste en darse un beso en la mejilla, uso que, afortunadamente, no se estableció jamás en España entre individuos del sexo feo.

De que el beso era el símbolo de los afectos de la amistad, nos queda el documento más irrefragable: el beso con que Judas dió á conocer á Jesús á los que le iban á prender.

San Lucas dice:

«Adhuc eo loquente ecce turba, et qui vocabatur Judas unus de duodecim, atendebat eos et appropinquavit Jesum ut oscularetur eum. Jesus autem dixit illi:—Juda, ¿osculo Filium hominis tradis?»

A pesar de esto, del cuadro de *El Prendimiento*, de Van Dyck, que se halla en nuestro sin igual Museo del Prado, y que D. José Musso Valiente describió en las litografías que se hicieron en la Calcografía Real, dice éste: «Judas se acerca, le ase de la diestra, le abraza, le besa.....»

Pero si se observa la acción que el célebre maestro flamenco representó, se ve claramente que es muy distinta de la que constituye nuestros modernos apretones de manos.

En el cuadro de Velázquez, esa inestimable joya artística que se titula *La Rendición de Breda ó Las lanzas*, Ambrosio Spínola no da ni aprieta la mano á su rival francés vencido, sino le pone la diestra sobre el hombro izquierdo, á la vez que se inclina para saludarle.

Manzoni debió creer que en Italia era común en el siglo XVII la costumbre de apretarse las manos los amigos, como en nuestros días, puesto que en el capítulo de *I Promessi Sposi* que trata del motín de Milán, describe á Lorenzo dando y apretando las manos á sus camaradas de confabulación.

La mano dábase también á manera de ayuda ó prestación de auxilio, como expresa el siguiente pasaje de Moreto:

— Amigo, arrímaos á mí.
— ¿Dónde estáis? *Dadme la mano;*

ó en són de favor, como se ve en este trozo de una obra de Tirso de Molina:

— Se dan, *al darse la mano,*
Para muchas cosas pie;

y también como símbolo, fianza ó prenda de reconciliación ó de unión, como en la estatua ó grupo de Daoiz y Velarde.

Por no cansarte más, lector amigo, me dejo de *historias*, doy de mano á este sucinto bosquejo retrospectivo de nuestro vulgarísimo apretón de manos, y sin que pretenda llevarte de la mano, vamos unidos á ocuparnos, aunque muy someramente, en el uso abusivo que de tan manoseada costumbre se perpetra en nuestros días.

En el último tercio de la luminosa centuria pasada y en los albores del siglo recién nacido, todo el mundo ha dado y da la mano. No para amparar, ayudar ó favorecer á quien lo ha menester, sino á manera de acometimiento á mano armada.

Así el épico magnate como el nauscabundo *golfo*, desde la *princesa altiva* hasta la trapera astrosa, todos tienden su diestra á diestro y siniestro, sin percatarse, en la mayoría de los casos, de la dificultad del *cómo* ni de la oportunidad del *cuándo* han de realizar el antihigiénico desmán, considerado por el vulgo como ineludible deber social, y tenido *ordinariamente* por patente muestra de buena crianza, de fina educación y de corrección exquisita.

Esta aborrecible *manomanía* ha dado y continuará dando origen, si Dios no lo remedia, ya que no á serios y transcendentales conflictos, á situaciones manifiestamente desairadas y ridículas para los *agresores* y á estrechos apuros para los *agredidos*.

Y para muestra, allá va un botón, elegido entre las numerosas botonaduras que poseo de esta clase:

No hace muchos días se vió precisado mi amigo X... á solicitar los bienhechores servicios de un notable operador. Acudió el técnico, manipuló de modo muy hábil, sabiendo á todas luces lo que traía entre manos, y al dar por terminadas sus *pedestres* funciones y ofrecer casa y persona para futuras contingencias, ¡le alargó su mano!, sin haberse cuidado ¡*siquiera!* de practicar la ablución que hizo el procurador Poncio Pilato cuando protestó públicamente de la infame sentencia que

condenó al Santo Maestro. Claro está que el operador se quedó con la mano en el aire, sin encontrar la de mi amigo, y se retiró confuso, mas no sé si aleccionado, con aquella pasiva lección, para no volver á pecar de largo de manos.

De tal manera se ha vulgarizado la perniciosa costumbre, que no hay *Menegilda* recién llegada de la dehesa que no tienda sus cinco dedos á cuantos amigos y conocidos encuentra en su camino. Y hay casos en que, pareciéndoles poco expresivo alargar una sola mano, presentan las dos en el colmo de la expansión é intensidad de sus afectos. ¡Jamás pecan de cortos de manos!

Forma singular contraste con el caso anterior el de ciertos majaderos que, teniendo, sin duda, por ordinaria en demasía la costumbre, tratan de atenuarla ofreciéndonos un dedo, y á veces, y sólo por excepción, dos. Estos cursis hállanse á dos dedos de merecer el dictado de tontos de solemnidad, é ignoran seguramente que dar el índice, y aun éste unido á su inmediato vecino el cordial, á quien ofrece la mano entera, constituye una falta absoluta de educación y denota enorme suma de estulticia.

Pertenece á otra familia de los *amanerados* aquellos que, en vez de estrechar (suavemente, por supuesto) la mano que se les tiende, temen probablemente que les estropeen la propia ó hacer añicos la ajena, y se limitan á establecer con ésta casto y pudoroso contacto. Como igualmente se peca por *defecto* que por *exceso*, bueno es advertir á estos *límidos* que la tal costumbre es rayana en verdadera impertinencia.

Conviene no confundir el apretón de manos, propiamente dicho, suave y afectuoso, con la violenta sacudida que le acompaña en algunos casos y que deja al paciente en situación de acudir á la más inmediata Casa de socorro para que el médico de guardia proceda á articularle la estropeada muñeca. Esta forma ridícula y cruel del saludo llegó á constituir escuela, y no hace muchos años era considerado reo de leso delito de cursería y de poco enterado de las costumbres del *snobismo* todo el que no ponía en práctica lo de

«Primero subir el codo
Y sacudirlo después.»

Afortunadamente para el sentido común y el buen gusto, aquella moda estrambótica ha pasado, dejando sólo algún rastro entre *jóvenes bizantinos* que, no pudiendo singularizarse por su ingenio ni

condición alguna recomendable, pretenden significarse con sus extremidades.

Merecen asimismo figurar, por derecho propio, en esta galería de *manodantes*, aquellos seres pusilánimes que nos brindan temerosos las yemitas de los dedos, creyendo, sin duda, que les vamos á contagiar graves dolencias, ó toman nuestras manos por pilas de agua bendita.

¿Y los arrojados que al entrar en una sala donde hay gran concurrencia se lanzan mano en ristre y amenazadora á estrechar una por una las de ¡TODOS! los presentes, sin perdonar á la senectud ni á los menores de edad?

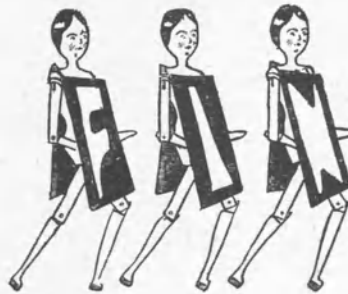
¿Y los que, por costumbre, presentan la mano izquierda á quienes cortesmente les ofrecen la derecha?

¿Y los....? Basta; la serie resultaría interminable, y es forzoso hacer punto.


En suma, lector paciente: opino que *dar la mano* constituye una muestra de estimación, de afecto, de amistad, casi de intimidad, que debe ofrecer siempre, sin excepción, la señora al caballero, y entre hombres, el que por su edad, estado, posición ó jerarquía goza de alguna preeminencia. El inferior jerárquico que toma la iniciativa alargando su diestra al superior, está dejado de la mano de Dios. El jovenzuelo que ofrece la mano al mayor en edad, saber ó gobierno, no sabe dónde tiene su mano derecha, y el caballero que, largo de manos, presenta la suya á una señora, incurre en atrevimiento y descortesía.

Y en caso de duda, quedémonos siempre cortos de manos, para no salir en muchas ocasiones con las manos en la cabeza.

ANTONIO GARRIDO.



LA MODA ELEGANTE



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Arsenal, 18, Madrid.

Madrid, 30 de Septiembre de 1902.

Año LXXI. — Núm. 36.



AÑO LXIII

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 36 pesetas;
Seis meses, 18; Tres meses, 9;
Un mes, 3.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 6;
Un mes, 2.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 4,50;
Un mes, 1,50.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 12 pesetas;
Seis meses, 6; Tres meses, 3.
Un mes, 1.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, 40 pesetas;
Seis meses, 21; Tres meses, 11.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, 24 pesetas;
Seis meses, 12; Tres meses, 8.

TERCERA EDICIÓN

Un año, 18 pesetas;
Seis meses, 9; Tres meses, 5.

CUARTA EDICIÓN

Un año, 14 pesetas;
Seis meses, 7; Tres meses, 4.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, 50 francos.—Seis meses, 26.—Tres meses, 14.

En PORTUGAL rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de *La Moda Elegante Ilustrada*, como de *La Ilustración Española y Americana*, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

